

Populismos conservadores y la insostenibilidad del estilo de vida estadounidense

Una crítica desde las periferias

Anna Karla Uribe Escalante
Universidad Autónoma de México/Universidad Internacional de La Rioja, México
anna.pollock22@gmail.com

Fecha de recepción: 27/11/2024
Fecha de aceptación: 15/10/2025

Resumen

Este artículo analiza la pérdida de la hegemonía de Estados Unidos y la crisis del “sueño americano”. Se muestra cómo el modelo de acumulación capitalista atraviesa un colapso que genera nuevos conflictos sociopolíticos globales. Desde los aportes de Byung-Chul Han y la teoría del sistema-mundo, se examina cómo la insostenibilidad del estilo de vida estadounidense impulsa el populismo conservador e incide en las relaciones con Nuestra América. Asimismo, se destaca que esta crisis revela una reconfiguración geopolítica que abre la posibilidad a los Sures globales de construir narrativas identitarias y estrategias de resistencia. El trabajo contribuye a comprender los vínculos entre hegemonía, populismo y alternativas desde las periferias.

Tramas
y Redes
Jun. 2026
N°10
ISSN
2796-9096

Palabras clave

1| hegemonía 2| crisis 3| populismo 4| democracia 5| infocracia

Cita sugerida

Uribe Escalante, Anna Karla (2026). Populismos conservadores y la insostenibilidad del estilo de vida estadounidense: Una crítica desde las periferias (2018-2022). *Tramas y Redes*, (10), 253-268, 10an. 10.54871/cl4c10an



Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR

Populismos conservadores e a insustentabilidade do estilo de vida americano: Uma crítica desde as periferias

Resumo

Este artigo analisa a perda da hegemonia dos Estados Unidos e a crise do “sonho americano”. Mostra como o modelo de acumulação capitalista atravessa um colapso que gera novos conflitos sociopolíticos globais. A partir das contribuições de Byung-Chul Han e da teoria do sistema-mundo, examina-se como a insustentabilidade do estilo de vida norte-americano impulsiona o populismo conservador e redefine as relações com a Nossa América. Destaca-se que essa crise revela uma reconfiguração geopolítica que abre a possibilidade para que os Sures globais construam narrativas identitárias e estratégias de resistência. O trabalho contribui para compreender os vínculos entre hegemonia, populismo e alternativas a partir das periferias.

Palavras-chave

1| hegemonía 2| crise 3| populismo 4| democracia 5| infocracia

Conservative populisms and the unsustainability of the american way of life: A critique from the peripheries

Abstract

This article examines the decline of United States hegemony and the crisis of the “American Dream”. It highlights how the capitalist accumulation model is undergoing collapse, generating new global sociopolitical conflicts. Drawing on Byung-Chul Han’s thought and world-systems theory, it analyzes how the unsustainability of the United States lifestyle fuels conservative populism and reshapes relations with Nuestra América. The article argues that this crisis reflects a geopolitical reconfiguration that enables Global Souths to build new identity narratives and resistance strategies. It contributes to understanding the links between hegemony, populism, and alternatives from the peripheries.

Keywords

1| hegemony 2| crisis 3| populism 4| democracy 5| infocracy

Declive de la hegemonía estadounidense y su “sueño americano”

Es un lugar común, sobre todo, desde Nuestra América, hablar sobre el “peligro” que representan los Estados Unidos y la imposición de sus formas de vida.¹ Lo identificamos como el representante más evidente del estilo de vida capitalista; sin embargo, la pérdida de su hegemonía, no implica que el capitalismo, como sistema imperante, no pueda ser revigorizado por otros actores que continúen con una promoción de relaciones sociales verticales, para proteger las clases sociales y reproducir el mito de que el crecimiento económico progresivo es sostenible.

En aras de desarrollar un argumento sobre el declive de la hegemonía estadounidense y del “sueño americano”, es relevante conceptualizar la hegemonía. De acuerdo con Immanuel Wallerstein, esta se define como “la capacidad de un Estado para imponer un conjunto de reglas al sistema mundial, manteniendo un orden relativo entre los Estados” (2015, p. 22). Giovanni Arrighi, por su parte, agrega que la hegemonía también “implica una dimensión de control territorial y la movilización de recursos, no sólo para servir a los intereses del grupo dominante, sino para encaminar a la sociedad en una dirección percibida como beneficiosa para el colectivo” (2005, p. 28).

En ese sentido, la hegemonía estadounidense que se concreta con el final de la Segunda Guerra Mundial creó reglas internacionales para mantenerse como centro de poder a costa de las periferias. Su proyecto de expansión se ayudó de instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), para influir en la vida ambiental, social, cultural y política de otros territorios y espacios. Esta hegemonía se propagó a través de un proyecto social y cultural denominado como el “sueño americano” que promovía la idea de que, en su territorio, cualquier persona podría alcanzar el éxito a través del esfuerzo individual, la meritocracia y la igualdad de oportunidades.

El “sueño americano” se caracteriza por la promesa de movilidad social y la libertad individual, una narrativa que, si bien inspira a muchos, se basa en premisas que perpetúan la desigualdad. Este sigue siendo una poderosa herramienta para evitar el surgimiento de proyectos que

1 Se prioriza nombrar a la región conocida hegemónicamente como América Latina, como Nuestra América, debido al interés del artículo en evidenciar las formas de dominación y de resistencia frente a las formas de poder impuestas por el imperialismo estadounidense. El concepto, generado por José Martí a finales del siglo XIX, repiensa un sentido de identidad alternativo desde el Sur global americano, con un destino compartido como periferias que buscan mayor independencia respecto de Estados Unidos. El concepto refuerza el sentido de resistencia donde se rompe la matriz dominadores-dominados.

estén enfocados en frenar dichas desigualdades. Lo alternativo no podrá surgir mientras las sociedades vean en el consumismo, el individualismo y la meritocracia la promesa de una vida mejor, ignorando o queriendo ignorar que su sostenibilidad es limitada.

La agencia del “sueño americano” se demuestra en el continuo flujo de inmigrantes que desean llegar a esa “tierra de las oportunidades”, ya que confían en la narrativa del progreso y abandonan sus hogares con la esperanza de una vida mejor.² La trampa es que el progreso jamás es ni será igualitario, porque su definición conlleva competencia. El progreso funciona como un juego de suma cero, donde para que unos ganen, otros tienen que perder. Es decir, es desigual.

Es relevante señalar que ese “sueño” no ha logrado convencer a todos, porque la hegemonía siempre ha tenido resistencias; por ello, frente a las desigualdades, han emergido movimientos sociales de inconformidad, siendo centrales aquellos de finales de 1960; es ahí, cuando comienza el declive de la hegemonía estadounidense, la cual, a finales de los años 80, buscó una alternativa para sortear su decadencia y construyó un proyecto llamado “neoliberalismo”.

Llegados al siglo XXI, la crisis hegemónica estadounidense, también implica una crisis en el proyecto neoliberal de la Escuela de Chicago. La agenda neoliberal, que defendió valores como el libre mercado y la mínima intervención estatal, ha demostrado su incapacidad para resolver problemas estructurales de desigualdades y exclusiones. En aras de apagar la inconformidad social, los centros del sistema mundo y, en específico, el gobierno de Estados Unidos, han buscado mantener su superioridad, a través de las siguientes estrategias:

Presiona a otros países a adoptar valores y prácticas estadounidenses en lo que se refiere a los derechos humanos y a la democracia; evita que otros países adquieran capacidad militar que pueda constituir un desafío a la superioridad de su arsenal de armas convencionales; impone el cumplimiento de sus propias leyes fuera de su territorio a otras sociedades; atribuye clasificaciones a los países de acuerdo con su grado de aceptación de los patrones estadounidenses; aplica sanciones a los países que no atiendan tales patrones; promueve los intereses empresariales estadounidenses bajo la bandera del libre comercio y de la apertura de los mercados; influye en las políticas del

2 Para 2022, con base en datos del Centro de Investigación Pew, en Estados Unidos, viven “46.1 millones de inmigrantes, el 77% de ellos estaban en el país de manera legal [...]. La mayoría viven principalmente en cuatro Estados: California, Texas, Florida y Nueva York” (Jiménez, 25 de julio 2024).

BM y del FMI de acuerdo con esos mismos intereses corporativos; interviene en conflictos locales de poco interés directo para el país; impone a otros países la adopción de políticas económicas y sociales que benefician los intereses económicos estadounidenses; promueve la venta de armas para el exterior buscando al mismo tiempo evitar ventas de naturaleza semejante por parte de otros países (Ayerbe, 2017, pp. 130-131).

Estas acciones muestran una clara estrategia de control, pero también evidencian una resistencia creciente por parte de otros Estados y actores, que buscan desafiar esta hegemonía. En la actualidad, Estados Unidos enfrenta la aparición de otros polos de poder, particularmente China y su estrategia multilateral. La expansión de bases militares estadounidenses (800 en más de setenta países por todo el mundo) y las alianzas en el Indo-Pacífico a través del Diálogo Cuadrilateral de Seguridad (QUAD) (Estados Unidos, Australia, India y Japón) y el AUKUS (Australia, Reino Unido y Estados Unidos), demuestran un esfuerzo por contener la influencia de China, que se presenta como una alternativa de liderazgo sin recurrir a la intervención militar.³

Frente al nuevo expansionismo chino, el talón de Aquiles de Estados Unidos es que su Imperio se consolidó, en gran medida, a través del intervencionismo militar, y gran parte de su crecimiento económico se ha dado por la venta de armas. En 2023, el dinero recaudado por Estados Unidos por la venta de armas al extranjero “fue de 238.000 millones de dólares” (*Voice of America*, 29 de enero 2024). Este total se compone de dos categorías principales: “ventas militares directas entre empresas estadounidenses y gobiernos extranjeros (157.000 millones de dólares), y ventas militares gestionadas por el gobierno estadounidense, conocidas como ‘Foreign Military Sales’ (FMS) (90.000 millones de dólares)” (Yousif, 2024). Por su parte, en el mismo año, Estados Unidos gastó en acciones diplomáticas poco más de 60.000 millones de dólares (Office of Management and Budget, 2023). Es decir, el dinero obtenido de la venta de armas es 396,67% mayor que el presupuesto otorgado a acciones diplomáticas.

Por ello, queda preguntarse: ¿cómo podrá Estados Unidos venderse como un líder confiable para proteger al mundo de nuevas amenazas, si su historial ha sido la de un país, cuyo crecimiento se dio con

3 La política exterior estadounidense es prospectiva (largoplacista), de suerte que, no debe asombrar que tanto demócratas como republicanos tengan una visión compartida al exterior; sobre todo, al señalar cuál es la principal amenaza para su Imperio: el renacimiento de la China imperial que posee una participación acotada en el mercado mundial de armas (menos del 6%). Se recomienda leer el informe del *Stockholm Forum on Peace and Development*, 2024.

base en la agresión, la antítesis de la protección: la agresión? Lo que se puede visibilizar es la dificultad actual que posee el gobierno estadounidense para reinventarse sin recurrir a la fuerza, en un mundo cada vez más crítico de su enfoque intervencionista y su modelo de consumo a costa de otros.

Populismos y conservadurismo en la crisis del sistema-mundo

La decadencia de la hegemonía estadounidense está profundamente vinculada con la insostenibilidad del capitalismo como sistema-mundo. Este modelo, basado en el crecimiento ilimitado y la acumulación constante, enfrenta límites estructurales que lo hacen inviable en el largo plazo. No debe olvidarse que “la sostenibilidad se ha convertido en un concepto peligrosamente dúctil” (Escrivá, 2023, p. 26), apropiado por el discurso capitalista para prolongar sus excesos sin cuestionar las desigualdades que genera. Esa manipulación del término explica por qué, a pesar de la retórica verde y socialmente responsable, las desigualdades se profundizan y terminan produciendo una crisis sistémica multidimensional que atraviesa la vida social en múltiples planos.

Dicha crisis se manifiesta simultáneamente en ámbitos medioambientales, energéticos, alimentarios, migratorios, políticos, bélicos, sanitarios, económicos, urbano-industriales, ético-morales, familiares, de seguridad pública y hasta epistemológicos. El resultado es un entramado de incertidumbres que colocan a las sociedades en un estado de vulnerabilidad permanente. Las personas perciben que los sistemas tradicionales de representación ya no ofrecen respuestas y, en consecuencia, buscan alternativas capaces de otorgar certidumbre en medio del caos. Es en ese terreno donde el populismo, como forma de acción política, encuentra condiciones propicias para su emergencia.

El problema surge al definir qué entendemos por populismo. Como señala Guadalupe Salmorán, se trata de una de las nociones menos consensuadas en las Ciencias Sociales (2021, p. 183). Ha sido descrito como “estilo de liderazgo” carismático o demagógico, como “estrategia de comunicación” directa con las masas, como “forma discursiva” que articula lo político en clave antagonista e incluso como “ideología débil” con características difusas (Salmorán, 2021, p. 186). En este trabajo se asume el populismo como una forma discursiva que organiza la esfera social en torno a un antagonismo fundamental: pueblo *versus* un enemigo (que cambia con la coyuntura).

Es relevante señalar que el populismo surge en contextos de crisis. Como advierte Armando Bartra, esta condición aparece “cuando el sujeto es consciente de ella y le brinda nombre” (2013, p. 55), es decir,

cuando las transformaciones estructurales son percibidas como críticas para el patrimonio sistémico y para la vida cotidiana. En esos momentos, el fracaso institucional (traducido en falta de legitimidad) genera incertidumbre y miedo, abriendo espacio a liderazgos que se autoproclaman como intérpretes del pueblo. David Van Reybrouck identifica tres síntomas de esta crisis de legitimidad: disminución en la participación electoral, debilitamiento de la lealtad partidaria y reducción de afiliados a los partidos (2017, pp. 17-19). Todo ello apunta a que la demanda popular no encuentra canales de absorción en las instituciones tradicionales, creando la necesidad de nuevas representaciones.

Martín Retamazo aporta una definición clave: el populismo no articula cualquier demanda, sino aquellas que tematizan “la equidad” como violada, ya sea en su dimensión política (sectores no representados) o socioeconómica (sectores que no reciben su parte), activando así la función redentora del populismo (2017, p. 142). En otras palabras, se presenta como ruptura frente a *statu quo*, lo que explica su atractivo en sociedades cansadas de la corrupción y la ineficacia institucional. En esa lógica, Steven Levitsky y Daniel Ziblatt recuerdan que “los líderes populistas suelen ser políticos antisistema, afirman representar la voz del pueblo y libran una guerra contra lo que describen como una élite corrupta y conspiradora” (2018, p. 32). Sin embargo, la pregunta crucial es: ¿qué pueblo representan realmente?

Las sociedades son plurales y heterogéneas, por lo que el populismo, en su intento de encarnar la totalidad, termina construyendo un pueblo homogéneo e imaginario. Como advierte Van Reybrouck, se trata más de una estrategia de marketing electoral que de una auténtica fusión entre líder y ciudadanía (2017, p. 30). Aquí resulta pertinente la reflexión de Ernesto Laclau, quien subraya que “la verdadera representación es el carisma”, pues el líder se convierte en productor de símbolos cuya actividad se identifica con un liderazgo efectivo más allá de programas concretos (2005, p. 176).

En Nuestra América, el populismo ha dejado un legado particular. Aunque la legitimidad se sustenta en elecciones limpias, los líderes populistas tienden a suponer que, una vez electos, el pueblo debe someterse a su voluntad (De la Torre, 2013, p. 121). Esto se traduce en políticas de control estatista (De la Torre, 2013, p. 126) y en la consolidación de regímenes hiperpresidencialistas que concentran el poder en el Ejecutivo y subordinan a otras instituciones (Mayorga, 2017, p. 43). Así, lo que en principio busca inclusión termina negando la diversidad y reduciendo los espacios de oposición. Como resume Retamazo, el populismo oscila entre ser un espacio de construcción hegemónica con potencial democrático y un cierre excluyente en torno a un pueblo particular (2017, p. 143).

Este proceso se sostiene en la creación de un “nosotros” frente a un “ellos”. Francisco Panizza define al populismo como un modo flexible de identificación, articulado en torno a la soberanía del pueblo y su confrontación con los poderosos (2009, p. 5). Slavoj Žižek lo formula de manera aún más clara: lo que distingue al populismo es el oponente contra el cual se moviliza el pueblo (2018, p. 45). Esta construcción identitaria depende de cadenas equivalenciales cambiantes, propias de cada contexto (Laclau, 2005, pp. 188-189). La habilidad del líder populista radica en leer las demandas sociales más urgentes y transformarlas en narrativas que polarizan a la sociedad, cuya pretensión es posicionarse como la gente buena de la historia que “desean sentirse agredidos, para comprobarse de forma irrefutable que se encuentran entre los inocentes” (Sloterdijk, 2020, p. 28). Por lo tanto, el pueblo, debido a sus privaciones, es el depositario de lo auténtico, lo bueno, lo justo y lo moral (De la Torre, 2013, p. 122).

La polarización generada por el populismo tiene efectos democráticos delicados. Levitsky y Ziblatt advierten que cuando las diferencias políticas se vuelven mutuamente excluyentes, la tolerancia se erosiona (2018, p. 137). A su vez, Naomi Klein sostiene que los medios amplifican disputas entre minorías, fragmentando a las mayorías y debilitando la posibilidad de cambios estructurales (2018, p. 15). Se cumple así la máxima de “divide y vencerás”, donde la polarización funciona como mecanismo de conservación del *statu quo*.

En este terreno se inscriben los populismos conservadores. Jorge Hernández los caracteriza como ideologías que priorizan la libertad sobre la igualdad, promueven el patriotismo, defienden jerarquías sociales y recurren al elitismo (2017, p. 114). Se sustentan en la exaltación de las tradiciones y en discursos de seguridad que demonizan a minorías, inmigrantes o extranjeros. Su promesa central es restaurar la grandeza nacional mediante políticas proteccionistas y nacionalistas.

El caso de Estados Unidos resulta paradigmático. Richard Nixon, en 1969, explotó el resentimiento de la “mayoría silenciosa” con la *southern strategy*, una narrativa que enfrentaba a la gente común con élites supuestamente desconectadas (Senserrich, 2024, pp. 101-102). Donald J. Trump no inventó este populismo, pero lo perfeccionó. Según Senserrich, el estilo paranoico de la política estadounidense terminó por tomar el control del Partido Republicano (2024, p. 21). Trump lo reforzó con técnicas como el “whataboutismo”, definido por Anne Applebaum como una técnica que “consiste en responder a cualquier pregunta acusando de hipocresía a quien la formula por ocultar sus propios trapos sucios o los del colectivo al que supuestamente representa” (2021, p. 99) siempre con un tinte autoritario. Levitsky y Ziblatt identifican en él señales preocupantes:

rechazo a normas democráticas, negación de legitimidad del adversario y tolerancia a la violencia (2018, p. 224).

El autoritarismo posee una mentalidad simplista y pone empeño en diseñar teorías conspirativas funcionales a su narrativa.⁴ “Escuchar, evaluar críticamente sus opiniones o actuar con consideración hacia los otros no es necesario [...]. Sin ninguna práctica en el lenguaje de la razón, y sin ningún deseo de aprender, solo conoce un idioma, el del cuerpo: la violencia” (Riemen, 2019, pp. 30-31). Este tipo de mentalidad, exacerbada por temores como el de la inmigración, alimenta un rechazo visceral hacia el otro, basado más en imaginarios que en experiencias reales. “Cuando la gente afirma estar irritada por la cuestión de la inmigración, no siempre está hablando de algo que haya vivido y experimentado; está hablando de algo imaginario, algo que teme” (Applebaum, 2021, p. 107).

El populismo, sin embargo, no siempre adopta esta forma conservadora. Marco Gandásegui y Jaime Preciado proponen la existencia de un populismo progresista, cuyo sello es la lucha contra la desigualdad y la creación de un “nosotros incluyente” (2017, p. 30). No obstante, la experiencia muestra que muchos de estos proyectos, una vez en el poder, terminan concentrando autoridad en el líder y derivando en prácticas autoritarias (De la Torre, 2013, p. 125). De este modo, los límites entre populismo progresista y conservador resultan difusos, pues ambos pueden desembocar en dinámicas de exclusión.

Las oportunidades para el populismo conservador se multiplican en un contexto de migraciones crecientes. Paradójicamente, los inmigrantes que podrían renovar la democracia estadounidense tienden a procesos de blanqueamiento y asimilación que diluyen su capacidad de transformación social. Como recuerda Roger Senserrich, Estados Unidos tiene una “inmensa capacidad de absorber cada oleada de recién llegados” (2024, p. 247) en su *mainstream* cultural y político, lo que reduce el potencial disruptivo de los flujos migratorios.⁵

4 Las teorías conspirativas han sido un proyecto fundamental para brindar identidad a aquellos que han perdido la sensación de pertenecer a algo. Son cultos a la creación de información, donde el objetivo no es conocer la verdad, sino construir una que brinde identidad sin mucho pensamiento complejo y “ofrece al creyente la satisfactoria sensación de tener un acceso especial y privilegiado a la verdad” (Applebaum, 2021, p. 49).

5 La definición de quién es blanco ha ido variando en el tiempo [...]. Un 92% de americanos con ascendencia hispana se identifican como tales, pero la cifra baja a un 77% para los de tercera generación, y a un 50% para la cuarta [...]. Lo que está sucediendo es algo que caracteriza a Estados Unidos y es una de las señas de identidad del país: su inmensa capacidad de asimilación. No es sólo un país de inmigrantes, sino que es un país con una capacidad infinita de absorber cada oleada de recién llegados al *mainstream* cultural y político del país (Senserrich, 2024, p. 247).

En conclusión, el populismo debe entenderse como un modo de inclusión radical que redefine los límites de la comunidad (Retamazo, 2017, p. 145). Sin embargo, su auge es también consecuencia de las dinámicas de expulsión y desposesión propias del capitalismo y del modelo de vida hegemónico estadounidense. El populismo expresa, en suma, la tensión entre demandas de equidad y la reproducción de un orden sistémico en crisis, con potencialidades democráticas y riesgos autoritarios que marcan las disputas políticas del presente.

Crítica del modelo estadounidense y las consecuencias para la democracia en Nuestra América

La democracia enfrenta en el siglo XXI tensiones significativas ligadas a la expansión de un modelo de desarrollo influenciado por los valores del capitalismo estadounidense. En este modelo lo importante es la cantidad: “todo es un número, por ello la economía siempre debe crecer, pues un número más grande es mejor que un número pequeño, sin importar las consecuencias sociales” (Riemen, 2019, p. 100). El sujeto busca mayor crecimiento económico y compite con otros por ese sitio, con la creencia que esto lo llevará a tener el lugar que cree merecer; es un sujeto que se autoexige un mayor rendimiento.

En este sentido, Byung-Chul Han describe al “sujeto del rendimiento” como un esclavo de sí mismo, atrapado en una dinámica de autoexplotación que lo desconecta de los demás y de la capacidad para pensar en términos de un nosotros (2023a, p. 12). El individualismo se convierte en la mejor herramienta para impedir el surgimiento de la acción colectiva y la autopercepción como un ciudadano implicado en la vida pública. La libertad se reduce al consumo y el sujeto es incapaz de actuar más allá de la queja.

Por ende, el sujeto busca comprar un discurso político que magnifique su cuota de auto merecimiento y que le brinde información, real o no, sobre por qué lo que piensa y hace es lo correcto. Se puede decir que la política y la democracia hegemónicas se han transformado en lo que Byung Chul Han (2023a) denomina “infocracia” o, lo que David Van Reybruck nombra como “posdemocracia” donde:

...aunque las elecciones existan el debate electoral público se limita a un espectáculo [...]. La mayor parte de los ciudadanos desempeña un papel pasivo, inactivo e incluso apático, y responde solo a las señales que se lanzan [...]; la política se desarrolla entre bambalinas mediante la interacción entre los Gobiernos elegidos y unas élites que, de forma abrumadora, representan los intereses de las empresas (2017, p. 64).

Por ello, en el siglo XXI, quien busque liderar en política debe también estar vinculado con las empresas tecnológicas más importantes del mundo: Apple, Alphabet (matriz de Google), Microsoft, Samsung, Meta (antes Facebook), Tencent, Taiwán Semiconductor Manufacturing Company (TSMC) y Broadcom (Statista, 2023). El espacio digital y las redes sociales han logrado reforzar el poder de una élite que “ha socavado todo aquello con un valor inmaterial y que no genera dinero” (Riemen, 2019, p. 58). Estas élites se aíslan detrás de muros, no solo físicos, sino también psicológicos, desconectándose del destino colectivo. Naomi Klein describe este escenario como uno en el que la vigilancia y los controles privatizados benefician a los actores privados, mientras que las mayorías enfrentan una exclusión creciente (2018, p. 210).

El espacio digital es el de la nueva vigilancia, la cual dura las 24 horas del día; en la red se buscan sueños y esta crea nuestros deseos. Es un medio efectivo para manipular y vigilar mientras el sujeto vive la utopía de la libertad de un mundo abierto al consumo, cada vez más rápido, más accesible y para el que sólo se necesita un clic. Consumo a domicilio. En ese sentido, se manifiesta la necesidad por adquirir todo rápido, en el menor tiempo posible. Este “cortoplacismo general de la sociedad de la información no favorece la democracia [...]. En la sociedad de la información simplemente no tenemos tiempo para la acción racional” (Han, 2022, p. 34).

Este escenario, donde no hay tiempo para el hacer político y el involucramiento comunitario, ha logrado minar la percepción en torno a la democracia, en gran parte debido a la incapacidad de los sistemas democráticos para ofrecer respuestas efectivas a los desafíos contemporáneos. En el caso de Nuestra América, las políticas públicas nacionales y regionales, a menudo reproducen las lógicas del capitalismo global y dejan de lado alternativas que prioricen el bienestar colectivo. De esta manera, tenemos sociedades que cada vez confían menos en la democracia, así lo demuestra el informe de Latinobarómetro de 2023, donde se advierte que: “Menos de la mitad de los latinoamericanos (48 por ciento) respalda a la democracia” (Murayama, 26 de julio 2023).

La polarización social y la erosión de los espacios públicos son factores determinantes en este declive. Michael Sandel señala que la democracia requiere de “ciudadanos con diferentes modos de vida y orígenes que se encuentren en unos espacios comunes y en los lugares públicos” (2020, p. 291); sin embargo, en la era digital, el “orden terreno es reemplazado por un orden digital” (Han, 2021, p. 13). Este cambio desnaturaliza las relaciones humanas, las informatiza y se refuerzan prejuicios.

Los algoritmos de las redes sociales fomentan las falsas percepciones del mundo. La gente clica solo en las noticias que le apetece conocer, y luego Facebook, YouTube y Google les muestran aún más de cualesquiera que sean sus preferencias previas [...]. Los algoritmos radicalizan a quienes los usan (Applebaum, 2021, p. 112).

Este sistema, dificulta el acceso a perspectivas diversas y, en consecuencia, contribuye a la degradación del discurso político. En la era de la infocracia, aquel que “gana” un debate político, no es el que posee los mejores argumentos sino alguien que ofrece a los medios de qué hablar. Ser la noticia, para bien o para mal, te posiciona en el ojo público. En ese sentido, no es malo mentir, mientras se esté en los encabezados. Cuando Donald J. Trump fue presidente en 2017, usaba frecuentemente la mentira: “*PolitiFact* clasificó el 69 por ciento de sus declaraciones públicas como mayormente falsas” (Levitsky y Ziblatt, 2018, p. 230). Trump es un líder oportunista que sabe reaccionar a lo que el público quiere escuchar. Esto es funcional cuando deseas que la gente centre su atención en la retórica y no en los actos.

La estrategia de la campaña de Trump es lo que Steve Bannon llama “inundar la zona de mierda”: básicamente tener tal cantidad de polémicas y tanto drama detrás que acabará por ser casi imposible para los medios explicar con claridad qué estaba sucediendo y para los votantes seguir cualquier escándalo (Senserrich, 2024, p. 225).

Es imperativo señalar que la democracia no puede sobrevivir bajo estas condiciones; se vuelve urgente la creación de una ciudadanía activa y comprometida. Levitsky y Ziblatt (2018) enfatizan que la democracia es un asunto compartido, y su destino depende de todos. En Nuestra América, este llamado a la acción es particularmente urgente, dado que las estructuras actuales perpetúan la desigualdad y la exclusión, erosionando aún más la confianza en las instituciones democráticas.

Para superar estas limitaciones, es necesario reimaginar el modelo de desarrollo y las estructuras de poder que lo sostienen. Este esfuerzo no puede ser llevado a cabo únicamente por los Estados; requiere la participación de actores no estatales para articular demandas y movilizar recursos. En este contexto, la reestructuración geopolítica debe incluir un activismo consciente que ponga al centro las necesidades de las comunidades y promueva modos de vida y sueños verdaderamente sostenibles.

Conclusiones

El análisis realizado permite afirmar que la crisis de hegemonía de Estados Unidos no es únicamente un problema de liderazgo global, sino la expresión más visible de un modelo civilizatorio agotado. El llamado “sueño americano” funcionó como dispositivo sociocultural y político para sostener el capitalismo en su fase de expansión, pero hoy muestra sus límites: la desigualdad estructural, la polarización social y la dependencia de un crecimiento económico insostenible han erosionado su credibilidad tanto en el ámbito interno, como en el internacional.

En este contexto, el populismo conservador emerge no como una anomalía, sino como una respuesta orgánica a esa crisis. Al movilizar resentimientos, construir identidades excluyentes y prometer la restauración de un orden perdido, este populismo refleja la incapacidad del sistema para ofrecer soluciones democráticas e inclusivas. Su ascenso, visible en Estados Unidos, marca un patrón más amplio de reconfiguración política en el sistema-mundo, donde el autoritarismo se disfraza de representación popular.

Para Nuestra América, estas transformaciones tienen implicaciones profundas. Por un lado, refuerzan la dependencia frente a las dinámicas de los centros hegemónicos, pues la región continúa atravesada por las lógicas de desposesión y subordinación propias del capitalismo global. Pero, al mismo tiempo, abren espacios para repensar las formas de agencia colectiva. La crisis de hegemonía revela que no existen victorias políticas permanentes y que los márgenes del sistema poseen capacidad de propuesta, especialmente cuando logran articular resistencias y narrativas alternativas.

El populismo, en este sentido, debe entenderse como una herramienta ambivalente: puede convertirse en vehículo de inclusión radical, cuestionando los límites de la comunidad política, o en instrumento de cierre autoritario que homogeneiza y excluye. El desenlace depende de la capacidad de las sociedades para construir proyectos colectivos basados en la esperanza, la dignidad y el reconocimiento de las mayorías vulneradas.

Las crisis, aunque desestabilizadoras, pueden funcionar como momentos de apertura. Si la hegemonía estadounidense se encuentra debilitada, ello ofrece a los Sures globales la oportunidad de ensayar estrategias propias, de imaginar mundos distintos y de promover nuevas formas de cooperación que desplacen el paradigma neoliberal. Este horizonte no es inmediato ni lineal, requiere tiempo, compromiso y resiliencia, pero constituye una posibilidad real frente al agotamiento del modelo vigente.

En síntesis, el artículo confirma que la insostenibilidad del estilo de vida estadounidense no solo explica la irrupción del populismo

conservador, sino que también evidencia la necesidad de pensar alternativas desde las periferias. El reto para Nuestra América consiste en transformar la crisis en oportunidad: pasar de la fragmentación a la construcción de sujetos colectivos capaces de disputar el sentido del poder y de abrir paso a un futuro más justo, plural y verdaderamente sostenible.

Referencias

- Applebaum, Anne (2021). *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. México: Penguin Random House.
- Arrighi, Giovanni (2005). Comprender la Hegemonía-1. *New Left Review*, 32, 20-74.
- Ayerbe, Luis (2017). De Clinton a Trump: Orden internacional y liderazgo estadounidense. En Gandasegui, Marco y Preciado, Jaime (coords.), *Hegemonía y democracia en disputa. Trump y la geopolítica del neoconservadurismo* (pp. 127-159). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Bartra, Armando (2013). Crisis civilizatoria. En Ornelas, Raúl (coord.). *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo* (pp. 25-72). México: IIEC/UNAM.
- De la Torre, Carlos (2013). El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo. *Nueva Sociedad*, 247, 120-137. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/3983_1.pdf
- Escrivá, Andreu (2023). *Contra la sostenibilidad. Por qué el desarrollo sostenible no salvará al mundo (y qué hacer al respecto)*. (2da edición). Barcelona: ARPA.
- Gandasegui, Marco y Preciado, Jaime (2017). La sociología latinoamericana y las ciencias sociales: Hegemonía, debate democrático y neoconservadurismo. En Gandasegui, Marco y Preciado, Jaime (coords.). *Hegemonía y democracia en disputa. Trump y la geopolítica del neoconservadurismo* (pp. 15-50). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- González, Fabián (2020). Violencia, espacios homogéneos vacíos y anti-praxis. En Herrera, David (et. al) (coords.). *Espacios negativos. Praxis y antipraxis* (pp. 43-70). México: Akadémica/Akal.
- Han, Byung-Chul (2021). *No cosas*. México: Taurus.
- Han, Byung-Chul (2022). *Infocracia*. México: Taurus.
- Han, Byung-Chul (2023a). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul (2023b). *Elogio de la inactividad. Vida contemplativa*. México: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Hernández, Jorge (2017). Estados Unidos en su contexto político-ideológico: crisis y transición a la luz electoral de 2016. En Gandasegui, Marco y Preciado, Jaime (coords.). *Hegemonía y democracia*

- en disputa. Trump y la geopolítica del neoconservadurismo* (pp. 99-126). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Jiménez, Marisol (25 de julio 2024). Más de 46 millones de inmigrantes viven en Estados Unidos, una cifra récord. *El País*. <https://el-pais.com/us/migracion/2024-07-25/mas-de-46-millones-de-inmigrantes-viven-en-estados-unidos-una-cifra-record.html>
- Klein, Naomi (2018). *Decir no, no basta. Contra las nuevas políticas del shock por el mundo que queremos*. Barcelona: Paidós.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel (2018). *Cómo mueren las democracias*. México: Ariel.
- Mayorga, René Antonio (2017). Populismo autoritario y transición regresiva: la dictadura plebiscitaria en la región andina. *Revista Latinoamericana de Política Comparada*, 12, 39-69.
- Mudde, Cass y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2019). *El populismo una pequeña introducción*. México: Alianza Editorial.
- Murayama, Hiro (26 de julio 2023). Latinobarómetro 2023: la recesión democrática. *El Financiero*. <https://www.elfinanciero.com.mx/opinion/hiro-murayama/2023/07/26/latinobarometro-2023-la-recesion-democratica/>
- Office of Management and Budget (2023). *Budget of the U.S. Government, Fiscal Year 2023*. https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2022/03/budget_fy2023.pdf
- Panizza, Francisco (coord.) (2009). *Populismo y el espejo de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Retamazo, Martín (2017). La teoría política del populismo: usos y controversias en América Latina en la perspectiva posfundacional. *Latinoamérica*, 64. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-85742017000100125
- Riemen, Rob (2019). *Para combatir esta era. Consideraciones urgentes sobre el fascismo y el humanismo*. México: Taurus.
- Salmoran, Guadalupe (2021). *Populismo. Historia y geografía de un concepto*. México: Instituto de investigaciones jurídicas/ UNAM.
- Sandel, Michael (2020). *La tiranía del mérito ¿qué ha sido del bien común?*. México: Editorial Debate.
- Senserrich, Roger (2024). *Por qué se rompió Estados Unidos. Populismo y polarización en la era Trump*. Barcelona: Debate.
- Sloterdijk, Peter (2020). *Las epidemias políticas*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Solnit, Rebecca (2017). *Esperanza en la oscuridad. La historia jamás contada del poder de la gente*. Madrid: Capitán Swing.

- Statista (2023). *Ranking mundial de las empresas tecnológicas con mayores ingresos*. <https://es.statista.com/estadisticas/657326/ranking-mundial-de-las-empresas-tecnologicas-con-mayores-ingresos/>
- Stockholm Forum on Peace and Development (2024). *Trends in international arms transfers, 2023*. https://www.sipri.org/sites/default/files/2024-03/fs_2403_at_2023.pdf
- Van Reybrouck, David (2017). *Contra las elecciones. Cómo salvar la democracia*. México: Taurus.
- Voice of America (2024, 29 enero). US Arms Exports Hit Record High in Fiscal 2023. <https://www.voanews.com/a/us-arms-exports-hit-record-high-in-fiscal-2023/7462237.html>
- Wallerstein, Immanuel (2015). La crisis estructural. O por qué los capitalistas ya no encuentran gratificante al capitalismo. En Wallerstein, Immanuel y Collins, Randall. *et. al. ¿Tiene futuro el capitalismo?* (pp. 15-46). México: Siglo XXI Editores.
- Wallerstein, Immanuel et al. (2015). *¿Tiene futuro el capitalismo?*. México: Siglo XXI Editores.
- Yousif, Elias (2024, septiembre). *The Transparency Gap in US Commercial Arms Sales*. Stimson Center. <https://www.stimson.org/2024/the-transparency-gap-in-us-commercial-arms-sales/>
- Zizek, Slavoj (2018). *Contra la tentación populista*. Buenos Aires: Editorial Godot.